DIÓCESIS DE CABIMAS
Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín
OBISPO

HOMILÍA EN EL IV DOMINGO DE CUARESMA
30-III-2025

Muy apreciados hermanos,

En este tiempo de Cuaresma, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre la reconciliación con Dios, con el hermano y con nosotros mismos. Son tres dimensiones de nuestras vidas: la vertical, con Dios; la horizontal, con el prójimo; y la de interioridad, con nuestro propio ser.

Las parroquias, a medida que se acerca la Semana Santa, suelen organizar celebraciones comunitarias de la penitencia en la que participa una gran cantidad de fieles, y los sacerdotes de los arciprestazgos están disponibles para oír las confesiones y conceder el perdón de Dios.

Debemos fomentar este tipo de prácticas, ya que, lamentablemente, muchas personas están perdiendo el sentido del pecado. Algunos afirman "yo no tengo pecados", dando a entender que no necesitan a Jesús, porque él vino a salvarnos de los pecados, como lo indica el significado de su nombre: "Salvador de los Hombres". Otros, niegan la necesidad de recibir el perdón, a través del sacramento de la confesión, negando su origen divino y olvidando las palabras del Jesús: "*reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, les quedarán perdonados…*" (Jn 20, 22-23) Y, finalmente, muchos, a pesar de conocer muy bien la doctrina, acuden poco a recibir el sacramento o lo reciben sin cumplir los pasos requeridos: examen de conciencia, dolor de haber pecado, propósito de enmienda, decir los pecados al confesor y cumplir la penitencia.

La parábola, que nos ofrece el Señor en el evangelio, nos puede ayudar a valorar el sacramento de la confesión, sacramento del amor y de la misericordia del Señor Jesucristo. Jesús, muchas veces, habla en parábolas, para llegar, con más sencillez y rapidez, al corazón de sus oyentes: los publicanos y los pecadores están representados en el hijo menor, pues se arrepienten y reciben el perdón; los fariseos y los escribas están representados en el hijo mayor: personas conocedoras de la ley y los profetas, cumplidores de los mandatos, pero cerrados a las enseñanzas de Jesús; y el Padre representa a Dios, rico en misericordia y amor.

Esta parábola es conocida como la parábola del hijo pródigo, haciendo énfasis en la actitud del hijo menor, que se alejó de la casa del padre y derrochó toda su fortuna; la parábola del hijo soberbio, resaltando la cerrazón del corazón del hijo mayor, su falta de empatía y amor; o la parábola del padre misericordia, que en todo momento espera el regreso del hijo mayor, y quiere que el hijo mayor comparta también la alegría de la reconciliación.

Avenida Universidad, esquina con carretera H, frente a Estudios Generales LUZ
Apartado 27, Cabimas 4013, Estado Zulia, República Bolivariana de Venezuela
pangel1965@gmail.com
+58 (264) 241 1063 - +58 (264) 241 2765

Reflexionaré sobre la actitud del Padre:

Es un **Padre que respeta la libertad de sus hijos**, tanto del mayor como del menor. Al menor le da lo que le solicita: su herencia. Al mayor, le respeta su decisión de no compartir con él la alegría de haber reencontrado a su hijo. Así también, el Señor actúa con nosotros: respeta nuestra libertad, no obliga; invita, persuade, estimula. Él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; no quiere la condenación del pecador, pero necesita que aceptemos ese perdón que él ofrece. Como dice San Agustín: "Dios que te creó sin tu permiso, no te salvará sin él".

Es un **Padre que se conmueve**, que sufre cuando sus hijos lo ofenden. Imaginemos el corazón del Padre cuando su hijo menor decidió irse, cierra la puerta y le da la espalda; y cuando, insistentemente, el hijo mayor se enfada, le reclama por haber organizado una fiesta y no comparte su alegría.

Es un **Padre que no se cansa de esperar**. Seguramente que, cada día, se asomaba a la ventana con la esperanza del regreso de su hijo.

Es un **Padre que olvida, perdona y ama**. No espera que su hijo llegue a su casa, sino que sale a su encuentro y lo cubre de besos, se alegra y no le reclamaba absolutamente nada.

Es un Padre que restaura, renueva y transforma. A través de los signos, nos manifiesta que puede hacer en nuestras vidas: La **mejor túnica** es una señal de dignidad y honor, prueba de la aceptación del pródigo de vuelta en la familia. El **anillo** para la mano del hijo es una señal de autoridad. Las **sandalias** para sus pies son un signo de que no es un siervo, ya que los siervos no usaban zapatos. El padre ordena que se prepare **el becerro engordado**, y se celebra una fiesta en honor al hijo que regresó. En esos tiempos, los becerros engordados se reservaban para ocasiones especiales. Esta no era solo cualquier fiesta; era una celebración excepcional y completa.

Las acciones del padre en la parábola nos muestran, "*que no nos ha tratado según nuestros pecados, ni nos ha pagado conforme a nuestras iniquidades. Porque como están de altos los cielos sobre la tierra, así es de grande su misericordia para los que le temen. Como está de lejos el oriente del occidente, así alejó de nosotros nuestras transgresiones. Como un padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen*" (Salmo 103, 10-13).

La parábola del hijo pródigo es una de las imágenes más hermosas de la gracia de Dios en las Escrituras. Todos hemos pecado. Todos somos pródigos en el sentido de que hemos huido de Dios, hemos derrochado egoístamente nuestros recursos y, en cierto grado, nos hemos revolcado en el pecado. Sin embargo, Dios está listo para perdonar, nunca se cansa de perdonar.

Actualmente, Dios, en su Hijo Jesucristo, nos perdona a través del sacramento de la confesión. Nos transforma y nos renueva interiormente, como dice San Pablo en la segunda lectura: "*si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo*" (2Cor 5,17).

Queridos hermanos, Dios, pone en nuestro corazón, el deseo de volver a él, pues nos ama y quiere lo mejor para nosotros. Cada vez, que nos reconciliamos con Dios, a través del sacramento de la confesión, él se alegra, como el Padre de la parábola. En esta Cuaresma, ¡démosle esa gran alegría!

Recibamos, con más frecuencia, este sacramento, pues es fuente de muchas bendiciones y alegrías. Se cuenta que el Santo Cura de Ars, después que predicó sobre el sacramento de la confesión, se acercó un hombre muy instruido, se le aproximó para manifestar muchas dudas que tenía sobre la religión. El Cura de Ars, le dijo: "confiésese primero". El hombre le respondió: "Pero ¿cómo voy a hacerlo sin aclarar mis dudas?". "¿Por qué no se confiesa primero?" Insistió el sacerdote. Ante la bondad y la convicción de sus palabras, el hombre cedió y se confesó. Al terminar, le dijo el Santo Cura de Ars: Explíqueme ahora sus dudas. Ya no es necesario, dijo el Señor. ¡Ahora lo veo todo claro!

Como dice Jesús: "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*". La limpieza de corazón y la honradez de vida facilitan el camino de la fe. Así sea.

† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Cabimas y Arzobispo Electo de Cumaná

Prot. 2025/080